

Lazos fuertes, lazos débiles

Lazos fuertes, lazos débiles

*Experiencias de movilidad
social en un país desigual*

PATRICK INGLIS

Este libro nace de una incomodidad y de una certeza. De la incomodidad que le genera a su autor el que, en México como en tantos otros países de un tiempo largo a esta fecha, la conversación sobre movilidad social se organice en torno al reconfortante mito del “quien quiere puede”. De ese sonsonete que tanto sirve y ha servido para tranquilizar conciencias y dejar la desigualdad intacta. *Lazos fuertes, lazos débiles* parte también de la certeza de que, aunque el Estado llegue tarde, o no llegue nunca, existen personas, redes e instituciones chiquitas que sostienen la vida y, a veces, la abren. Lo que sigue se basa en una investigación de fondo, rigurosa y meticulosa, pero, también y sobre todo, de una pesquisa emprendida a ras de banquetta que elige mirar de frente: intemperie y refugios, extorsión y ternura, pedagogías del miedo y alfabetización cívica en parroquias, centros culturales, ligas de fútbol y cocinas.

El punto de partida no es un seminario ni un tablero de gráficas, sino un cerro partido por una frontera invisible: arriba, el barrio de tantas generaciones de migrantes internos y trabajadores, la colonia Independencia, ubicado enfrente de la opulencia de San Pedro, en Nuevo León. En un terreno, la “casa de la muerte” y, al ladito de ella, la promesa de una cruz monumental. En medio, la organización del territorio a manos de jóvenes con radios y armas que recuerdan quién manda. La política se vota los domingos; el orden se negocia cada día. Hoy domina un cártel: estructura expectativas, rutas, silencios y miedos. Desde donde la interroga Inglis, esa misma realidad nos abre la mirada a otra cosa: a la resistencia obstinada de quienes deciden quedarse y tejer, con lo que hay, más posibilidades; o al menos, otras.

De esa obstinación trata el libro. No romantiza la pobreza, tampoco maquilla la violencia. Rehúye, sobre todo, de forma insistente, la fantasía del héroe individual. La evidencia es contundente: la movilidad social no es empresa solitaria, sino proceso social denso, activado por intervenciones de muchos otros —planificadas o

fortuitas— que acompañan al que logra arañarle otro futuro a su tierra. Intervenciones que son persistencia, escucha, regaño, guía. Acompañamientos y apoyos de muchas personas que logran, contra todo pronóstico, desviar trayectorias, moverlas, sacarlas de sus cauces y destinos obcecadamente predeterminados. La historia de Alonso que nos cuenta Patrick lo ilustra. Un cura tercamente presente que, noche tras noche, ofrece la mano adecuada en el momento preciso. No sustituye al Estado, pero suple ausencias clave y vuelve pensable otra biografía.

Estas páginas diseccionan acciones, gestos y tendidas de mano concretas. Un bolero de la colonia Juárez en la Ciudad de México convierte “lazos débiles” —tres abogados y, sobre todo, un jefe con nombre y apellido— en piso desde el que respirar y construir: tiempo, papeles y salario para estudiar. ¿Mérito y esfuerzo? Sí, pero, sobre todo, andamiaje social que ofrece asidero, aunque sea limitado, donde antes no había dónde recargarse.

A veces lo que sostiene es la red íntima: familia que presta techo, pensión que amortigua el recorte, abuelos que cubren cuidados para que nadie se caiga de la escalera. Es la cara menos glamorosa y más real de la movilidad: lazos fuertes como colchón y brújula. En Santa Fe, territorio levantado sobre basura y trabajo, esos lazos le arrancan centímetros a la precariedad, al no saber cuánto durará el empleo de hoy, al temer que el pago no llegue a tiempo para cubrir la renta del mes.

Las instituciones existen, aunque no siempre estén donde miramos. En San Cristóbal de Las Casas, Sna jtz'ibajom alfabetiza en tsotsil cuando hablar la lengua se castiga en la escuela. Una maestra sostiene un alfabeto junto a una máquina de tortillas y construye lo que el Estado regatea: reconocimiento, memoria y voz. Afuera, el café se vende a precio de risa; adentro, la escritura ofrece un ancla de dignidad, de regularidad, no por pequeña menos indispensable. Poco dinero, mucho empeño e ingenio. No, esos barandales no resuelven la pobreza, pero sí ayudan a no ahogarse, al menos durante una semana más.

El libro mira también Texas desde una familia potosina. Efraín y Elizabeth trabajan, pagan impuestos con papeles comprados y crían seis hijos que navegan escuelas con pocos abrazos y mucha angustia permanente en medio de la violencia —soterrada siem-

pre, a veces también campal—. El contraste duele: reglas claras, salarios y servicios previsibles allá; desigualdad, informalidad y miedo acá. Y cuando al norte se endurece la maquinaria migratoria, la incertidumbre redoblada azota a los de allá y, también, a sus de aquí. Migración y movilidad son cordones de ida y vuelta. Ríos que arrastran y, a ratos, levantan a muchas y muchos de ambos lados de la frontera.

De vuelta al cerro, la narración abandona la anécdota. La mirada de Patrick se enfoca en el tejido terco de esa constancia de muchos para hacer posibles otros itinerarios, otros destinos. Con la parroquia de San Rogelio y algunos líderes jóvenes, Plan 2040 acompaña a las familias desde el embarazo hasta la universidad, en cinco pilares: salud, educación, espiritualidad, juventud y familia, economía. Siete guías, cada una con decenas de hogares a su cargo, recorren salas y cocinas con una pregunta simple: si no somos nosotros, ¿quién? Atienden a cientos de familias: infraestructuras sociales vistas con lupa. “Infraestructuras” que miradas por Inglis son muchas personas de a pie que se animan entre sí y sacan fuerzas de quién sabe dónde para arrancarle, todos los días, más posibilidades a barrios y espacios yermos de agua y de futuro.

Un episodio condensa la apuesta. En la fila de una iglesia, la coordinadora de un programa de ayuda reconoce a un vendedor de droga. Su impulso es alertar a los demás. Pero, de inmediato, el equipo recuerda lo obvio: podría ser el padre de alguien ahí. No indulgencia: estrategia. Se nombra el delito, pero se afirma lo urgente: paternidades, necesidades, afectos. Se evita la confrontación estéril y se elige el trabajo largo para que esos niños carguen “algo más en la mochila” que la herencia del barrio. Posibilidades factibles, no promesas vacías; acciones en plural que hagan posibles cambios graduales en el horizonte de expectativas.

De este libro se derivan consecuencias analíticas y políticas importantes. En lo analítico, mover el foco del “caso de éxito” a los sistemas de apoyo que lo hacen posible. En lo político, dejar de hacernos guajes. Asumir que, si en serio queremos ampliar las posibilidades de la movilidad social, toca invertir recursos para darle un sustento un poco más firme a esas instituciones intermedias que hoy cargan el piano: parroquias que no predicán odios, centros

culturales que alfabetizan en lengua indígena, lazos que anclan la pertenencia, redes de cuidados que sostienen maternidades. Es, desde luego, más fácil hacer anuncios, diseñar logos y eslóganes pegajosos que financiar visitas, pediatras comunitarios o abogadas de barrio. Pero si no vamos a pagar lo que realmente produce movilidad de la buena, dejemos de simular.

El cierre del libro de este canadiense al que México le gusta y conmueve tanto no ofrece atajos ni catecismos. Ofrece historias con nombre propio, pasos concretos e itinerarios realistas. Invita a mirar el país desde la banqueta y no desde el dron, a discutir menos frases memorables y cuidar más los procesos, a abandonar la nostalgia fácil del milagro y a comprometerse con lo que sí cambia vidas: vínculos, tiempo, constancia y un poco de poder compartido.

La pregunta de fondo persiste: ¿administrar daños o construir andamios? La respuesta ya se ensaya en este texto. Sólo falta mirarla de frente y reconocer que, si queremos movilidad social masiva y no sólo una que otra “historia de éxito”, no hay de otra más que hacer política y demandar acción gubernamental, que es la única capaz de armar las infraestructuras grandes que requiere la movilidad social ancha y en serio.

Ayuda y abre puertas la mirada de Patrick Inglis porque nos invita a mirar la movilidad social desde este otro lado. No desde el chico pobre que se vuelve rico y aparece en un reportaje que tranquiliza conciencias. No desde el improbable caso de la niña nacida en casa con piso de tierra que termina con sus puras ganas fundando un unicornio. No desde ejemplitos aislados para confirmar la cómoda, irresponsable y absurda creencia de que sólo hace falta “echarle ganas” para escapar de las garras de la pobreza y amanecer un día, al cabo de los años, bebiendo un martini mirando, a lo lejos, el río Hudson.

No, no desde ahí, sino desde donde ocurre, cuando ocurre, esa casi imposible historia de salir de la pobreza en un país tan brutal y persistentemente desigual como México. Hoy, y desde hace ya demasiado tiempo, desde lo colectivo chiquito, desde los vínculos fuertes y débiles, y desde la obstinada persistencia de grupos de personas que trabajan juntas para hacer posible esa movilidad hacia arriba. Mañana, ojalá, desde un Estado que recupere el norte y

se dé a la tarea de construir el andamiaje grande sin el cual la movilidad social para los millones de personas y personitas en situación de pobreza resulta impensable e imposible.

BLANCA HEREDIA

Para y por mis papás

Introducción

—Mira hacia allá —me dijo Alonso. Giró a su izquierda y señaló una pequeña casa blanca de un solo piso: —Ahí mataron a muchísima gente.

Era la segunda semana de mayo de 2024. Alonso y yo estábamos en Monterrey, en la cima del cerro que divide el barrio obrero de la Independencia y el barrio opulento de San Pedro Garza García. No especificó quién estaba detrás de todo lo ocurrido en lo que él llamaba la “casa de la muerte”. Y yo no pregunté nada al respecto.

—El cártel —fue todo lo que dijo, sin especificar cuál. Tampoco profundizó sobre las personas que fueron asesinadas allí, sólo que ocurrió hace poco más de diez años, cuando varios cárteles rivales incendiaban la ciudad, colgaban cuerpos decapitados de los puentes, atacaban restaurantes y centros comerciales a tiros y aterrORIZaban las calles.¹ Fue en esa época cuando a los hombres —siempre hombres, aclaró— les vendaban los ojos, los llevaban por una escalera estrecha hasta la cima del cerro y los metían en la casa blanca, donde sucedían todo tipo de horrores. Nunca se les volvía a ver. En los últimos años, sin embargo, la ciudad logró algo de paz, tanta como puede haber en un lugar que sigue siendo una de las ciudades más violentas, pero también una de las más ricas y desiguales de Latinoamérica.² Hoy en día, un solo cártel gobierna la Independencia.³

Conocí a Alonso apenas el día anterior, sentado junto a un joven sacerdote, conocido como padre Pepe, que oficiaba en la iglesia de San Rogelio en la Independencia, en la oficina del rector de la Universidad Metropolitana, en el centro de Monterrey. En los meses previos a conocer a Alonso, yo había iniciado una etnografía multisituada: recorriendo el país y ambos lados de la frontera con Estados Unidos, platicando con personas que habían experimentado la movilidad social o, en términos más sencillos, algún tipo de mejora en su estatus, riqueza, educación u ocupación, en comparación con sus padres y abuelos, o con su propia situación ante-

rior.⁴ Entre todas las personas que encontré en ese camino —muchas personas de hecho, y cuyas historias comparto en las páginas que siguen—, había un consultor tecnológico y su familia que vivían en Santa Fe, a las afueras de Ciudad de México; un equipo de abogados de derechos humanos en Oaxaca de Juárez, y familias enteras que escapaban de la violencia y la inseguridad en todo México y vivían en un refugio en Tijuana a la espera de una cita de asilo con funcionarios estadounidenses en el paso fronterizo de San Ysidro. Sin embargo, no fue hasta que conocí a Alonso que comprendí realmente qué tipo de obstáculos, en sociedades tan desiguales como la mexicana, se interponen en el camino del éxito personal y profesional, y qué se necesita para superarlos.

Alonso tenía 28 años, una cara redonda y una actitud amistosa. Me contó cómo, hace casi una década, lo salvó el padre Héctor Pérez Villarreal, uno de los predecesores del padre Pepe y cofundador de un grupo llamado La Raza Nueva en Cristo. El padre Héctor asesoraba a jóvenes que corrían algún riesgo, como él, ofreciéndoles becas para que asistieran a la secundaria y, si querían, continuaran sus estudios universitarios. Junto con un pequeño grupo de feligreses comprometidos, el padre Héctor se adentraba en la noche para buscar bandas de adolescentes en los barrios marginados de la periferia de la ciudad. Iban a ver cómo estaban, para demostrarles que a alguien le importaba si seguían vivos o habían muerto. Usaba los Evangelios para intentar provocar un cambio en ellos. Volvía noche tras noche, semana tras semana: eso era lo importante. Después de algunas visitas, y cuando empezó a confiar en el padre Héctor, Alonso lo llamó una noche para pedirle ayuda, una conexión, algo que le abriera la puerta a nuevas oportunidades.

El padre Héctor lo atendió y lo puso en contacto con la dirección de una preparatoria asociada a la universidad. Tres años después, Alonso se graduó y comenzó la licenciatura en derecho, que terminó en 2021, para luego obtener una maestría en desarrollo social y cultura en esa misma institución. Ahora le tocaba ayudar a los demás. Como empleado de la iglesia, trabajó de cerca con Marian Gámez, la segura y asertiva directora de un programa llamado Plan 2040, que ofrecía talleres y asesoría a madres embarazadas y primerizas de la Independencia que querían fortalecer sus víncu-

los con sus hijos recién nacidos. Por las tardes, ella se unía al padre Pepe para visitar a los pandilleros adolescentes en sus comunidades.

Al terminar la reunión en la rectoría, Alonso me ofreció una visita guiada para conocer la Independencia en vivo y en directo. Insistió en recogerme donde yo me alojaba, enfrente de la universidad. Me dijo que el problema no iba a ser la distancia, sino que me percibirían rápidamente como un extranjero: alto, blanco. Un gringo, pues.

Al día siguiente, entramos en la Independencia montados en un Honda Civic blanco y oxidado con el logotipo de La Raza Nueva a los lados, que serpenteó lentamente por la ladera del cerro, hasta llegar a la cima. A lo largo del camino, a ambos lados de la carretera, había anuncios con el rostro de Mariana Rodríguez Cantú, esposa del gobernador Samuel García, quien aspiraba a la alcaldía de Monterrey en las elecciones de junio de ese año. Con más de 4 millones de seguidores, ella es una celebridad en Instagram. ¿Una aspirante a política preocupada por los pobres? Alonso no le creía. A él le asombraba cómo la gente poderosa se aferraba a un partido u otro, proclamando que transformarían el país. En la Independencia, donde mandaba el cártel, eso a nadie le importaba demasiado.

—¿Tú crees que ella se va a querer meter aquí o va a tener un plan de acción? Claro que no —concluyó él mismo—. Ella vive en su burbuja en San Pedro.

Con la vista fija en la carretera, señaló a la derecha, indicando una valla de hormigón incrustada en el cerro, que en algunos puntos alcanzaba entre tres y cuatro metros de altura.

—Obviamente a San Pedro no le importa esta parte. Está olvidada.

Minutos después llegamos a la cima del cerro. Bajamos del coche y Alonso me condujo hasta el pie de una imponente representación de la virgen de Guadalupe, de 50 metros de altura, hecha de hierro. En la base de la imagen, una pancarta blanca de dos metros por cinco mostraba el nombre y el logotipo de grandes empresas que, según Alonso, planeaban derribar la “casa de la muerte” que teníamos detrás y construir en su lugar un monumento conmemorativo y un centro comunitario. En ese recinto, junto a la figura de hierro de la Virgen, también se erigiría una cruz de aproxima-

damente 170 metros de altura, lo que haría de ella la más alta del mundo.⁵ Era un “megaproyecto”, lo calificó Alonso.

—Quieren reconstruir toda esta área —dijo, refiriéndose a la arquidiócesis de Monterrey, que junto con la élite de la ciudad encabezaba el proyecto—. ¿Quién sabe, realmente?

Pasarían al menos cinco años, quizá más, antes de que se hiciera algo concreto.

A mitad de la explicación de Alonso, vi por el rabillo del ojo una motocicleta con dos adolescentes a bordo, de no más de 15 o 16 años. Detuvieron la moto a unos tres metros de nosotros y bajaron. Cada uno llevaba un arma automática cruzada sobre el pecho y un *walkie-talkie* en la cintura. Mientras sus radios emitían lo que parecían ser órdenes de los jefes del cártel, caminaron hacia nosotros con las manos sobre las pistolas atadas a sus cuerpos. Nos saludaron con amabilidad, preguntando cómo estábamos y tendiéndonos la mano. Alonso los llamó por sus nombres, con familiaridad.

—¿Qué tal? —les preguntó. Luego, con un tono juguetón, le dijo a uno de ellos: —¿Por qué no has ido a las comidas? Pásate algún día.

Uno o dos minutos después llegó un coche con cuatro adolescentes más, todos armados con rifles automáticos, excepto el más alto, que parecía mayor y sólo llevaba una pistola colgando como si nada de su mano derecha. Se acercó a Alonso y a mí, nos saludó igual que a los dos primeros muchachos y, acto seguido, se volvió hacia los demás y les indicó que regresaran al coche. En cuestión de segundos, desaparecieron. Los dos chicos que habían llegado antes montaron de nuevo en su motocicleta y los siguieron de cerca.

Mientras descendíamos del cerro, le pregunté a Alonso por los jóvenes que acabábamos de ver. Me dijo que estaban patrullando y que formaban parte de uno de los cárteles más grandes y peligrosos de México, con presencia desde hace tiempo en la Independencia y en los barrios cercanos.⁶ Reconoció que él había sido uno de ellos, pero que había decidido tomar un camino distinto después de conocer al padre Héctor.

—Ya estaba cansado de vivir toda esta violencia —me dijo—. No me sentía libre en el mundo de las pandillas. Quería algo diferente y también, sobre todo, darle algo mejor a mi familia y a mi

madre en especial. Por eso fue que me agarré de Raza Nueva. Me dio la oportunidad de estudiar, de trabajar, de todo.

Yo crecí en Vancouver, Canadá, hijo de profesionales asalariados: mi padre, director de museo, y mi madre, enfermera reconvertida en administradora de hospital, licenciados por las universidades de Cambridge y McGill, respectivamente. No solamente asistí a buenas escuelas, tanto públicas como privadas, sino que viví en una casa donde había libros, animados debates y conversaciones críticas por las noches durante la cena. Aún más importante: en mi hogar había un amor y un apoyo inquebrantables. Tuve una sólida crianza de clase media, impregnada de una afortunada mezcla de capital económico, social y cultural, reforzada, además, por las instituciones y comunidades que me rodeaban, en un país altamente desarrollado, con sólidas instituciones públicas de educación y salud. Esas ventajas me allanaron el camino a la universidad y, finalmente, a un puesto de profesor en un instituto público de un barrio obrero de inmigrantes del lado este de Vancouver; más tarde hice estudios de posgrado en Nueva York, donde me doctoré en sociología. Después pasé una temporada en una universidad de artes liberales del Medio Oeste estadounidense, antes de hacer mis maletas y trasladarme a la Ciudad de México, donde actualmente vivo y trabajo.

Explico esto no necesariamente, o no únicamente, con el objetivo de aclarar mis privilegios sociales y económicos —aunque no negaría que los he tenido—. Lo que busco es aclarar el lugar desde el cual escribo y hablo. No es que yo no haya trabajado para llegar al lugar en el que estoy, ahora que estoy aquí: profesor, escritor, con ingresos estables, seguro médico, pensión. Pero tampoco soy el héroe de mi propia historia. En realidad, creo que nunca he creído en eso. Sin embargo, llevar a cabo este estudio, precisamente como extranjero —alto, blanco, “gringo”, según Alonso—, ha reforzado mi comprensión del poder de las conexiones humanas sanas y estables, que me han permitido aprovechar eficazmente las muchas riquezas —no todas económicas, por cierto— que he heredado. Hacer un balance de esas conexiones y de lo que han significado para mí ha representado una lente vital a través de la cual he llegado a analizar e interpretar incluso las modestas mejoras socia-

les y económicas en las vidas de las personas que he conocido en el curso de esta investigación. Avanzar en cualquier sociedad, aunque quizás en la mexicana en particular, no sería posible sin los demás. Ésta es una idea —a la vez obvia, a la vez radical, dados los tiempos en que vivimos— que se encuentra en el núcleo de lo que quiero plantear en este libro.

A pesar de la narrativa dominante del individualismo que permea en la sociedad, la movilidad social —como aprendí de manera tangible gracias a Alonso y otros participantes en este estudio— no es un proyecto individual ni una simple cuestión de esfuerzo, disciplina y méritos por sí solos, a pesar de lo que opine la élite millonaria y multimillonaria de México.⁷ Más bien, es un proceso profundamente social que depende de la intervención de otros, tanto dentro como fuera de las redes inmediatas de familiares y amigos. Esto fue innegablemente cierto para Alonso, cuya vida habría tomado un rumbo distinto de no ser por la intervención oportuna del padre Héctor y sus compañeros de La Raza Nueva. Es precisamente este aspecto colectivo de la movilidad social y sus implicaciones lo que quiero destacar en este libro. Lo examino en distintos contextos: no sólo en aquel cerro de la Independencia, sino también en los albergues para migrantes de Tijuana, en los centros comunitarios apoyados por un capítulo del Club Rotario integrado por mujeres en Chihuahua y en la labor de un grupo de asistencia jurídica que lucha por los derechos de los pueblos indígenas en Oaxaca.

A lo largo del libro, ofrezco una visión de la movilidad social que enriquece y detalla el panorama que ha predominado en la bibliografía sobre el tema. De hecho, como señalan los estudios estadísticos, cualquier persona nacida en la pobreza o que lucha por subsistir con un salario de clase trabajadora enfrenta una movilidad social mínima o inexistente. De acuerdo con un histórico estudio del Centro de Estudios Espinosa Yglesias (CEEY), 8 de cada 10 personas nacidas en la pobreza permanecerán en esa condición a lo largo de su vida, mientras que 7 de cada 10 nacidas en el 20% de los hogares más acomodados conservarán su posición en la sociedad.⁸ La educación de baja calidad, un sistema de salud ineficiente e inconsistente, una infraestructura escasa o en ruinas y la persistente falta de empleos dignos y bien remunerados limitan drásti-

camente las oportunidades de los niños pobres, de clase trabajadora e indígenas.⁹ Mientras tanto, los salarios fijos con prestaciones y otras protecciones que les permitirían a las personas salir de la pobreza siguen siendo patrimonio exclusivo de las familias de clase media y alta; alrededor de 54% del trabajo en el país es informal, según un estudio publicado por el INEGI en 2023.¹⁰ Las condiciones son peores en el sur en comparación con el norte, dadas las diferencias registradas en inversión, industrialización e infraestructura.¹¹ Asimismo, las mujeres se encuentran en una peor situación que los hombres, las personas indígenas peor que las mestizas o de piel clara.¹²

No es que la imagen de la movilidad social que se refleja en gráficas, tablas y cifras sea errónea; por desgracia, muchas de esas estadísticas reflejan una realidad innegable, algo que pude comprobar de primera mano. El problema es que carecen de un rostro humano y, con ello, de una comprensión más profunda de cómo funciona realmente la movilidad social: si funciona, cuándo y bajo qué condiciones, sobre todo en un país que sigue siendo uno de los más desiguales del mundo. Un país donde sólo cuatro individuos concentran 9% del PIB,¹³ 30% de la población vive en pobreza extrema¹⁴ y casi 60% de los trabajadores depende de la economía informal, sin salarios fijos, prestaciones ni seguridad social.¹⁵

Si, como sugieren numerosos estudios cuantitativos, la movilidad social es improbable, entonces ¿qué tipo de esfuerzos se requieren para lograr lo imposible cuando, hasta cierto punto, pocos de esos esfuerzos tienen éxito? Si alcanzar un grado significativo de movilidad es poco común, ¿qué hace que algunas personas lo logren en ciertos contextos, mientras otras permanecen estancadas? Tanto en los casos de éxito como en los de fracaso, ¿cómo es que las personas y los grupos acceden no sólo a los recursos económicos sino también a los sociales, culturales y lingüísticos para intentar superar la adversidad? ¿Cuándo, dónde y cómo pueden las instituciones, tanto del sector público como del privado, ofrecer el apoyo necesario para que las personas y sus familias rompan el ciclo de la pobreza?

Éstas fueron las preguntas que me propuse responder a partir de la primavera de 2024, cuando emprendí la búsqueda de individuos y familias en distintos contextos urbanos y rurales del norte

y el sur de México. Recorrí lugares como San Cristóbal de Las Casas, Oaxaca, Tijuana, Monterrey, Chihuahua y la Ciudad de México, donde vivo actualmente. Más que buscar personas cuyas historias se ajustaran a las representaciones estadísticas de la movilidad social —lo cual, de cualquier forma, me parecía una tarea inútil—, me interesaba encontrar aquellas que ofrecieran una comprensión rica y vívida de cómo se experimenta realmente la movilidad social en la vida cotidiana.

En la mayoría de los casos, establecí los primeros contactos por medio de redes de amigos y colegas, quienes me presentaron a más personas y éstas, a su vez, a otras personas más, ampliando así el círculo de gente que podría entrevistar. El tiempo que pasé con cada participante se extendió usualmente a lo largo de varios días, en distintos entornos: hogares, lugares de trabajo y espacios de ocio. Conforme los iba conociendo, buscaba formas de expandir mi investigación, incorporando otros espacios y comunidades donde sus familiares y allegados pudieran aportar nuevas perspectivas sobre la movilidad social en México. Por ejemplo, tras visitar a una pareja de migrantes indocumentados en Austin, viajé a San Luis Potosí para conocer a sus familias. En otro caso, acompañé a un participante del estudio en San Cristóbal de Las Casas cuando visitó su pueblo natal, San Juan Chamula, para reunirse con su abuela y su hermana. En Tijuana, me integré a un desayuno dominical con la familia extensa de un miembro del ayuntamiento para observar de cerca las dinámicas familiares y sociales que moldean las oportunidades y los desafíos de la movilidad social.

Para seguir con la tradición del trabajo de campo etnográfico en profundidad, no utilicé un guion fijo ni una lista predeterminada de preguntas en mis encuentros con los participantes.¹⁶ Más bien, busqué captar la esencia de sus vidas y experiencias cotidianas mediante la repetición de entrevistas y la observación directa. Esto me permitió explorar distintos aspectos de sus trayectorias: su educación y experiencia laboral, sus relaciones familiares y de amistad, sus intereses culturales y aficiones personales, sus vínculos con asociaciones políticas y otros grupos sociales, así como sus interacciones con instituciones públicas y privadas de mayor alcance, como hospitales y escuelas. También recurrí al método de acompañamiento, una práctica común en la antropología,¹⁷